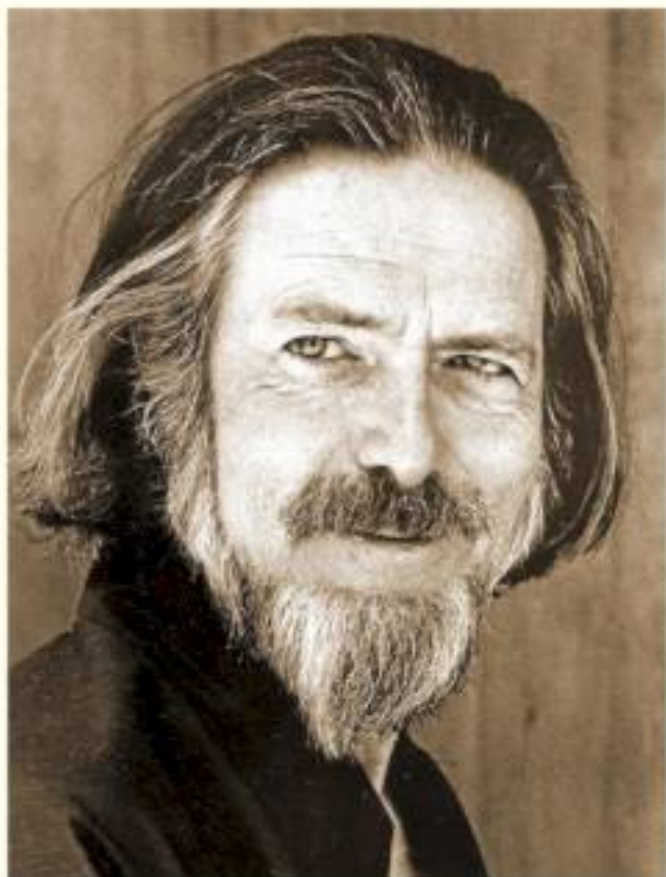


Alan Watts

MEMORIAS

1915 -1965



«¿Pensáis acaso que el propio Dios se toma en serio a sí mismo? Conozco a un maestro Zen que enseña que la mejor aproximación a la meditación consiste en estar de pie, las manos sobre las caderas, y riendo a carcajadas, todas las mañanas, durante diez minutos.» «Las personas realmente religiosas siempre se han burlado un poco de su propia religión.» «El secreto de la vida está en saber reír y en saber respirar.» «Siempre he sido un hombre sedentario y contemplativo, un intelectual, un brahmán, un místico, pero también una especie de epicureo no demasiado honorable. Jamás he hecho la guerra. No he explorado ninguna montaña ni ninguna selva virgen. Tampoco he hecho política. Bien mirado, en estas Memorias no evoco tanto la historia de mi vida como su misterio. Si me he decidido a escribirlas no ha sido para justificarme —ni mucho menos para “edificaros”— sino por puro placer, placer que espero sea compartido, pues, debo confesarlo, encuentro mi vida muy interesante.» —Alan Watts

PRÓLOGO

Como yo soy también un *tú*, este será el tipo de libro que me gustaría que escribieran para mí. Y, puesto que no creo en la ilusión cronológica o histórica según la cual los acontecimientos se suceden los unos a los otros en una secuencia de un solo sentido, no se tratará de un libro que se mueva en una dimensión lineal. Así es como pensamos porque así es como hemos decidido escribir y hablar y, en consecuencia, si quiero comunicarme con ustedes por medio de las palabras deberé hacerlo «linealmente» y ustedes deberán seguir la hilera de letras. Pero es evidente que el mundo no se mueve de manera lineal sino que lo hace desplazándose simultáneamente en muchas dimensiones diferentes. Por ello prefiero los libros que pueden abrirse y empezar a leerse por cualquier parte, libros que no son como túneles, laberintos o autopistas en los que hay que comenzar en el punto A y concluir en el punto Z sino como jardines por los que uno puede deambular por donde más le plazca. Este ensayo no tratará, pues, tanto de la historia de mi vida como del misterio de mi vida y no lo escribo con ningún propósito edificante ni justificativo, sino tan solo para que ustedes y yo nos divirtamos.

Lo que sigue puede parecer metafísico pero, como ocurre con tantas cuestiones metafísicas, resulta eminentemente práctico. El caso es que he comprendido que el pasado y el futuro son meras ilusiones que solo existen en el presente, lo único que realmente existe. Desde cierto punto de vista, el presente dura menos de un microsegundo y,

desde otro, abarca toda la eternidad pero, para existir, no existe ningún otro tiempo ni ningún otro lugar. La Historia solo determina lo que somos en la medida en que insistamos, ahora mismo, en que lo haga. De igual modo, el sueño —o la pesadilla— del mañana es una fantasía presente que nos aleja tanto de la realidad como de la eternidad. Porque todo ser sensible es Dios —omnipotente, omnisciente, infinito y eterno— pretendiendo con la mayor sinceridad y determinación ser otra cosa, una simple criatura sometida al fracaso, el dolor, el infortunio, la tentación, el resentimiento y la muerte. A uno de los hombres más inteligentes, agradables y eruditos que conozco le gusta creer que la vida humana consiste, simplemente, en tener el valor necesario para hacer frente a la adversidad y la muerte. Pero yo no voy a rebatírselo, como tampoco voy a discutir con un pez por vivir en el mar. A fin de cuentas, es su juego, su estilo, su actitud vital y, en mi opinión, lo hace muy bien.

Así pues, al relatar esta no-historia de mi vida, partiré siempre del presente, la *fons et origo* —la fuente y origen— de todos los acontecimientos, el lugar del que surge el pasado y el lugar al que regresa hasta que termina desvaneciéndose como la estela de un barco. Es cierto que esto es algo que he repetido ya en multitud de ocasiones y que a los escritores se nos suele acusar de reiteración, pero los críticos no parecen comprender que la reiteración es la esencia de la música, como evidencia, por ejemplo, el *Andante* de la *Séptima sinfonía* de Beethoven o el *Bolero* de Ravel. Al igual que los radios de una rueda convergen en el centro desde diferentes puntos de la circunferencia, cada uno de los veinte libros que habré escrito arriban al mismo destino partiendo de un origen diferente. Ya se trate de las premisas del dogma cristiano, de la mitología hindú, de la psicología budista, de la práctica del zen, del psicoanálisis, del conductismo o del positivismo lógico, he tratado de demostrar que todo apunta incuestionablemente al mismo

centro. Esta ha sido mi forma de encontrar el sentido de la vida desde el punto de vista de la filosofía, de la psicología o de la religión.

No estoy seguro de si esta es la consecuencia de haberme vuelto más viejo o más sabio, pero la mayor parte de los escritos del campo de la filosofía, la psicología y la religión, por no hablar de las peroratas de los analistas lógicos y de los empiristas científicos en contra de los poetas y los metafísicos, me parecen ahora carentes de todo significado, desprovistos incluso del encanto del absurdo deliberado. Pero con ello no estoy diciendo que yo, en tanto que filósofo excéntrico y no académico, esté desencantado y desilusionado de mi oficio, puesto que siempre he sido un intelectual crítico de la vida intelectual. Lo que quiero decir es que la filosofía, la teología y hasta la psicología se me antojan, en gran medida, como una sarta de palabras y conceptos que carecen de toda relación con la experiencia, pero no exactamente palabras huera sino argumentos inteligentes y eruditos en torno a problemas que no son más que creaciones de la gramática y de las formas del lenguaje, como la distinción arbitraria entre sustantivos y verbos, la regla que afirma que todo verbo debe tener un sujeto y las absurdas diferencias que se establecen entre substancia y forma o entre cosa y evento. Es como si no nos diéramos cuenta de la enorme diferencia existente entre nuestra descripción del mundo y el mundo tal como lo experimentamos, como si apenas fuéramos conscientes de que nuestra descripción del universo físico como cosas separadas pertenece al mismo orden de cosas que las áreas, las visiones, las facetas, las selecciones y los rasgos, es decir, no tanto *data* como *capta*, no tanto hechos como interpretaciones.

Así pues, aunque mi propia obra se asemeje, en ocasiones, a un sistema conceptual, constituye fundamentalmente un intento de describir la experiencia mística. Y con ello no me estoy refiriendo a visiones de formas o seres sobrenaturales, sino a la realidad tal y como la vemos y la experimen-

tamos inmediatamente en el silencio de las palabras y los pensamientos. En este sentido me enfrento a la misma tarea imposible del poeta, decir lo que no puede ser dicho. De hecho, la mayor parte de mi obra es poesía disfrazada de prosa —justificada por ambos márgenes— para que todo el mundo pueda leerla. Y, al igual que los poetas valoran los sonidos por encima de los significados y las imágenes por encima de los argumentos, yo trato de que la gente cobre conciencia de las vibraciones de la vida como si escuchara música.

Quisiera, por tanto, aproximarme a este cubo siempre fascinante de la rueda desde un punto de la circunferencia que no sea formalmente filosófico, teológico ni psicológico, sino desde mi propia vida cotidiana. Hablando en términos generales, el género autobiográfico resulta tan embarazoso que el autor suele sentirse arrastrado a confesarse o a presumir. Los hombres de acción y de aventura tienden a presumir, mientras que los hombres de piedad e intelecto tienden a confesarse, como lo testimonian las *Confesiones* de san Agustín y de Rousseau o la *Apología pro vita sua* del cardenal Newman. No tengo nada de lo que alardear en cuanto a heroicidades bélicas ni en el mundo de la exploración y, ciertamente, tampoco voy a lanzarme a una justificación ni una confesión pública. Tengo una notable experiencia como confesor, consejero y psicoterapeuta *amateur* que me ha permitido extraer la conclusión de que mis «pecados» son tan normales y aburridos como los de cualquier otro, lo cual no quiere decir que no haya tenido algunas experiencias espléndidas que la gente pusilánime no dudaría en calificar de pecaminosas. El caso es que, más allá de la presunción, por una parte, y de la confesión o la disculpa, por la otra, considero que mi vida es muy *interesante*. Si no fuera así es muy probable que me suicidara puesto que, como dijo sin ambages Camus, el único problema filosófico serio consiste en saber si uno debe suicidarse o no. (Aunque, obviamente, Camus se equivocaba, porque la verda-

dera alternativa *no* es la que existe entre el ser y el no ser, ya que ambos estados son interdependientes. ¿Cómo podríamos saber —a fin de cuentas— que estamos vivos si no hubiéramos muerto ya alguna vez?)

De algún modo, he llegado a un punto en el que puedo ver a través de las ideas, las creencias y los símbolos, expresiones naturales de la vida y que —a diferencia de lo que suele decirse— ni la abarcan ni la explican. Es por ello por lo que —siempre y cuando sus adeptos no traten de convertirme— me siento fascinado por casi todas las religiones, como también me siento atraído por las diferentes especies de flores, pájaros e insectos o por las diferentes formas de vestir y de cocinar. Y, del mismo modo que me desagradan las cocinas inglesa, americana, mexicana o alemana, tampoco puedo imaginarme desempeñando el papel de testigo de Jehová, baptista sureño, jesuita (a pesar de que tenga un gran respeto por alguno de esos personajes) o monje budista *theravada*. A fin de cuentas, cada uno debe hacer lo que más le guste y no deberíamos pelearnos por ello porque *eso no es lo que importa*.

¿Creen ustedes, acaso, que Dios se toma en serio a sí mismo? Conozco a un maestro zen —llamado Joshu Sasaki— que dice que la mejor meditación consiste en ponerse de pie cada mañana con las manos en las caderas y reír a mandíbula batiente durante diez minutos. También he oído hablar de un curioso chamán que cura la tiña de las vacas mediante el simple expediente de tocar sus llagas y echarse a reír. La gente realmente religiosa siempre bromea acerca de su religión puesto que su fe es tan fuerte que puede permitírselo. Gran parte del secreto de la vida consiste en saber reír y en saber respirar, y uno de los fracasos de nuestras escuelas estriba en que sus departamentos de «educación física» se centran exclusivamente en la práctica mecánica de ejercicios corporales atléticos^[1].

La educación física es la disciplina fundamental de la vida aunque, en la actualidad, sea menospreciada, rechazada

o intelectualizada a causa de que el objetivo fundamental de nuestras escuelas se centre en inculcar la habilidad para hacer dinero —aunque no tanto para los mismos estudiantes como para sus patronos y sus gobernantes— que, a su vez —y debido a que fueron educados en el mismo sistema— ignoran el modo de disfrutar del dinero. No se nos enseña a tratar a las plantas y a los animales, a comer, cocinar, hacer prendas de vestir, construir casas, bailar, respirar, practicar yoga (para descubrir nuestro propio centro) o hacer el amor. El *establishment* está compuesto por una especie de bárbaros.

Consideremos, por ejemplo, los feos y desaliñados trajes de los señores Nixon, Heath, Kosiguin, Pompidou y —¡mira por dónde!—, hasta el mismísimo emperador del Japón, quien no parece tener empacho alguno en adoptar la absurda vestimenta formal eduardiana o el traje formal del hombre de negocios. Y cuando los ricos y poderosos son falsamente modestos y tienen miedo del colorido y del esplendor, se degrada todo el estilo de la vida y no hay otro ejemplo a seguir que el de la mediocridad cultivada. Pero, en tal caso, el estilo y el boato quedan relegados al teatro y —al mantenerse ajenos a cuestiones serias como la religión, el gobierno y el comercio— se convierten en signos de frivolidad, con el desastroso resultado de que la seriedad —o, mejor aún, la sinceridad— acaba convirtiéndose en una cuestión deslucida.

Antes de casarse, mi madre era profesora de educación física y de economía del hogar en una escuela para las hijas de los misioneros que habían marchado a India, Africa, China o Japón siguiendo la extraña vocación de que Dios les había llamado para enseñar religión a «los nativos». Era una cocinera modestamente experta, una jardinera muy competente y una verdadera artista del encaje. Ella fue —¡bendita sea!— quien me abrió los ojos al color, las flores, los dibujos fascinantes e intrincados y las obras de arte oriental que, en agradecimiento por ocuparse de sus hijas, le ha-

bían regalado los misioneros... y todo ello a pesar del lamentable fundamentalismo protestante que a regañadientes había heredado de sus padres. Porque mi madre vivía en un mundo mágico que se hallaba más allá de aquella religión, un mundo que no se hallaba subordinado a los profetas y los ángeles que poblaban los vitrales de Christ Church, Chislehurst, sino que giraba en torno a los guisantes tiernos, las judías rojas, los rosales, las manzanas crujientes, los tordos jaspeados, los mirlos, los herrerillos, los pequeños petirrojos saltarines, los helechos, el culantrillo, la zarzamora, los hayedos encantados de South Downs, los charcos de rocío, los pozos de agua fresca de Sussex, los campos de lúpulo y los secaderos del vasto y milagroso jardín de Kent.

Su mundo *no* era, pues, el mundo de la religión de la «Biblia negra» que, a mi juicio, ha terminado convirtiéndose en la maldición y la amenaza de la cultura *wasp* [acrónimo inglés de blanco, anglo, sajón y protestante] y también, por cierto, de la cultura católica jansenista irlandesa. Que los sensuales, complejos, fortuitos, diáfanos, extáticos y terribles compases de la naturaleza hayan sido obra del Dios Padre de la Biblia es lo mismo que decir que la música de Alí Akbar Khan ha sido compuesta por Elgar o que la poesía de Dylan Thomas ha sido escrita por Edgar Guest^[2].

El mundo de mi madre —cuyas creencias le impidieron colocarlo por encima del mundo del Dios de *su propio padre* (quien realmente se parecía a Dios, con barba incluida)— se asemejaba más a Kwan-yin, el de los mil brazos, el *bodhisattva* de la compasión, siempre tratando de mostrar a los seres sensibles que «la energía es gozo eterno».

Estoy seguro de haber sido —al menos hasta la pubertad— muy dependiente de mi madre, aunque no puedo recordar nada que se pareciera, ni tan solo vagamente, al complejo de Edipo. Al contrario, me entristecía el hecho de que mi madre no me pareciera tan hermosa como otras

mujeres hasta el punto de que no podía soportar su aspecto recién levantada.

Pero ella siempre me comprendió y creyó en mí —o, al menos, en la imagen que tenía de mí cuando era niño— ya que, cuando me portaba mal, ella decía que yo no podía haber actuado de tal modo. También trató de persuadirme de que Dios tenía grandes proyectos para mí en este mundo, un refuerzo de mi ego que probablemente me haya proporcionado el consuelo necesario para afrontar con éxito los peligros y las enfermedades de la infancia. De algún modo, parecía despreciar su propio cuerpo, tal vez porque, después de casarse, había padecido muchas enfermedades y, cuando hablaba de personas muy *enfermas*, lo hacía frunciendo el ceño con mucha seriedad como si estuviera tragándose un nauseabundo pedazo de grasa. Como yo era hijo único —aunque tuvo dos abortos involuntarios y un niño que solo vivió un par de semanas—, creo que heredé su ansiedad por la supervivencia y terminé convirtiéndome en una persona físicamente cobarde.

Pero su personalidad compensaba con creces su —a mi juicio— falta de belleza, y mi padre siempre la adoró. Durante las comidas se cogían de la mano bajo la mesa y él la abrazaba como un oso. Y, a pesar de que nunca cantara y tuviera muy poco oído musical, su voz era tan espontánea y vital que no tenía que elevarla para imponer la autoridad. Hoy, muchos años después y bastante más cínico en lo que respecta a la naturaleza humana, puedo decir con admiración que sus ojos eran tan sinceros como su conciencia y que, si bien era remilgada en las cuestiones relacionadas con el cuerpo, jamás vi en ella asomo alguno de malicia, envidia, mezquindad o mentira. Nunca pude imaginarme cuáles serían los pecados a los que se refería cuando, en la iglesia, cantaba: «Señor, ten piedad de nosotros, miserables pecadores»... aunque tal vez el «nosotros» se refiriera a mí. Lo único desagradable que puedo recordar era su hábito —especialmente molesto para un inglés— de tratar de

sonsacar mis verdaderas emociones cuando menos quería que lo hiciera. Recuerdo que, en cierta ocasión en que se lo reproché de forma bastante enérgica, me respondió diciendo: «creo que será mejor que me vaya a llorar a otra parte».

Aunque mis padres atravesaron dos terribles guerras y se vieron inmersos en la Depresión —que les afectó considerablemente—, no puedo imaginar otra familia más armónica y natural, aunque creo que nunca llegué a satisfacer sus esperanzas. Porque lo cierto es que nunca supe lo que querían y tal vez ellos tampoco lo supieran. Yo era un niño raro, un soñador que seguía creyendo en las hadas y la magia cuando los demás niños habían renunciado a ellas para dedicarse a jugar. Pero yo prefería observar a los pájaros antes que jugar al críquet. Más tarde adopté una religión extraña y no inglesa y me marché a solas a un país lejano. Decían que tenía «imaginación», lo cual es bueno pero peligroso, y los vecinos se referían a mi madre como «la madre de Alan Watts». Siempre estaba dispuesto a contar a quien quisiera escucharme todo tipo de cuentos fantásticos inacabables; celebraba funerales por pájaros, murciélagos y conejos muertos en lugar de aprender a jugar al tenis, y me interesaban más las torturas de la antigua China y del antiguo Egipto y la lámpara de Aladino que los «buenos libros» de Scott, Thackeray y Dickens.

No tengo la menor idea de cómo llegué a convertirme en alguien tan singular, aunque ni por un solo momento he lamentado haberme reencarnado fortuitamente en el hijo de Laurence Wilson Watts y de Emily Mary Buchan, en Rowan Tree Cottage, Holbrook Lane, en el pueblo de Chislehurst, Kent, Inglaterra, casi al sur mismo de Greenwich, cerca de las seis y veinte de la mañana del día 6 de enero de 1915, con el Sol en Capricornio (en conjunción con Marte y Mercurio) y en trígono con la Luna en Virgo, Sagitario como ascendente y bajo un bombardeo en plena I Guerra Mundial^[3].

1. LA MADERA PETRIFICADA

Topofilia es un término inventado por el poeta británico John Betjeman para referirse a un amor especial por determinados lugares. Y, aunque casi suene como una enfermedad o una perversión, su significado se asemeja al de la palabra japonesa *aware*, es decir, una forma sofisticada de nostalgia. Uno puede amar ciertos lugares por su belleza, por su fealdad fascinante o porque son imposibles de describir, como la región italo-suiza de los lagos y Big Sur (California), el norte residencial de Londres, Filadelfia o Baltimore y Chislehurst —que significa madera petrificada (o tal vez madera sorprendida^[1])—, respectivamente. Esta última es una zona boscosa del sudeste de Londres ubicada sobre una colina plana en cuyo suelo abundan las piedras redondas y grises, algunas de las cuales contienen cristales que, al partirse, nos revelan imágenes semejantes a un cielo oscuro y nuboso. La mayor parte de la zona está llena de bosques y parques públicos salvajes y abandonados que se hallan salpicados, ocasionalmente, por mansiones palaciegas, opulentas residencias suburbanas, tres pequeños centros comerciales, siete iglesias, siete encantadores *pubs* y dos barrios respetables.

Lamentablemente, no puedo decir que, hasta la fecha, las cosas hayan mejorado gran cosa. De hecho, muchas de las mansiones son, hoy en día, escuelas, oficinas o pisos con servicios comunes y las viejas veredas rurales han sido ocupadas por un buen número de casas pequeñas de ladrillo rojo de una tranquilidad exasperante. Pero la Royal Para-

de, el principal centro comercial —que ocupa una manzana entera— sigue exactamente igual que hace cincuenta años. En junio de 1970 regresé para celebrar el nonagésimo aniversario de mi padre en el *pub* Tiger's Head, en el jardín del pueblo, frente a la antigua iglesia de Saint Nicholas (porque debo decir que, aunque esto no sea muy conocido, los *pubs* ingleses —tan diferentes de los restaurantes— organizan magníficos banquetes). Pero, por más que hayan cambiado sus propietarios, el centro del pueblo está exactamente igual que siempre. Cerca del aparentemente próspero Bull Inn se encuentra la pastelería de la señorita Rabbit y, ante ella, la increíble señorita Battle —que, por más inexplicable que pueda parecer, es una joven de setenta años— sigue regentando su vieja panadería. El señor Walters (hijo) también sigue a cargo de su librería-papelería y la excelente tienda de alimentos del señor Coffin ha sido adquirida por una gran cadena comercial aunque mantiene, no obstante, el mismo personal de toda la vida y comercia con la misma mercancía. Huele, como siempre, a café recién tostado, carne ahumada y queso de Stilton, y el respeto y la amabilidad con los que uno es atendido la convierten, para mí, en el arquetipo de una tienda de alimentación que hubiera sido concebida en el mismísimo cielo.

El estanco y la peluquería del señor Francis todavía siguen donde siempre, aunque él hace mucho tiempo que se reunió con sus antepasados. Fue allí donde tuve mi primer y único encuentro con el canónigo Dawson, el vivaracho y viejo rector de Saint Nicholas que, como alto dignatario de la iglesia católica de Inglaterra, deambulaba por el pueblo ataviado con sotana y un sombrero que parecía un huevo frito. (Aunque lo único que recuerdo de sus sermones son sus virulentos ataques de tos, todo el mundo le quería y vivía en la rectoría, una magnífica y misteriosa casa estilo Reina Ana ubicada en la misma manzana de la iglesia, junto al Tiger's Head, cuya parte trasera estaba bordeada por una fila de imponentes árboles detrás de los cuales se hallaba la

finca del coronel Edelman, con sus espaciosas granjas y sus pinos plagados de cuervos.) Aquel día el rector tenía prisa y me pidió amablemente que le cediera mi turno para cortarse el pelo. Naturalmente, yo estaba encantado de que el párroco —un auténtico personaje del lugar— tratara a un niño de nueve años como si fuera un ser humano, aunque lo mejor de todo fue que no tuve que esperar gran cosa... porque era casi calvo.

La que sí había desaparecido era la tienda de ropa y vestidos de las señoritas Scriven, dos solteronas de cierta edad tocadas con peinados muy abultados y con moños, tapadas desde el cuello hasta los tobillos con blusas de manga larga y faldas de lana de colores, y con gafas de abuelita cuya montura fina y dorada afeaba notablemente sus rostros. Y, puesto que ese tipo de gafas vuelve a estar de moda, me veo en la obligación de decir a las jóvenes que esas estructuras de metal confieren —especialmente a las mujeres de rostros angulosos— el mismo atractivo sexual que una bicicleta. Para colmo de males, la tienda de las señoritas Scriven estaba decorada con «maniqués» que carecían de cabeza, brazos y piernas, meros remedos de torsos femeninos que, en lugar de cabeza, tenían un trozo de madera oscura torneada. Esos horrorosos objetos fueron la fuente principal de las pesadillas que me atormentaron hasta los seis años de edad puesto que, en medio de un sueño —por otra parte medianamente interesante— irrumpía súbitamente un maniquí cubierto de percal con unos senos enormes —aunque tal vez fuera más adecuado decir que solo tenían un solo seno (porque no había la menor separación entre ellos)— y siniestramente decapitado, una imagen que me llenaba de inquietud y me zambullía en la oscuridad y el terror y me impedía respirar con tranquilidad hasta la mañana siguiente.

Justo al norte se hallaba la farmacia de los señores Prebble y Bone, cuyo escaparate estaba adornado por damajuanas llenas de líquidos de colores muy brillantes que no

estaban a la venta y solo cumplían con una función decorativa. Los remedios se vendían en una atmósfera fuertemente aromática que dio origen al dicho: «¿qué es lo que más huele en una farmacia?». «Tu nariz». La tienda de comestibles del señor Coffin era baja y estaba a nivel de la acera mientras que la farmacia de los señores Prebble y Bone tenía techos muy elevados y las paredes estaban llenas de armarios acristalados en cuyos anaqueles se alineaban misteriosas botellas con etiquetas ininteligibles. Ellos eran quienes se encargaban de preparar las indescifrables recetas del doctor Tallent, que dispensaban en botellas y cajas con etiquetas impecablemente escritas que decían cosas tales como «Mixtura», «Ungüento», «Píldoras» e incluían instrucciones tan curiosas como «Tome una píldora tres veces al día», algo que siempre me ha recordado un letrero colocado en la puerta de los autobuses de Sacramento (California), que dice «Antes de entrar dejen salir».

El doctor Tallent también vivía en Royal Parade, en Walton Lodge, una casa muy agradable rodeada de un jardín que se hallaba extrañamente ubicada en medio de una larga fila de tiendas. Era un hombre tranquilo, amable y que siempre olía bien, que asistió a mi nacimiento, sobre cuyo traje nuevo me oriné el día en que me operó de fimosis y a quien, apenas pude hablar, pedí una asignación de dos chelines —que él pagó religiosamente— por dejarme someter a algunos desagradables tratamientos médicos. Su mujer era una mujer de talento, una cantante y actriz que se parecía a Mary Pickford y de cuya alta y morena hija, Jane, estuve secretamente enamorado sin saber qué hacer al respecto. Ella parecía hallarse en un escalón más elevado de la escala social y, por tanto, salía con chicos que jugaban al tenis y al críquet (el más aburrido de los juegos) y asistía a los tediosos bailes de los años veinte. Luego me enamoré tan perdidamente de una compañera rubia del jardín de infancia llamada Kitty, que vivía en una de las pretenciosas mansiones ubicadas junto a la rectoría, que tuve la osadía